

Morcillo refulgía en su espíritu. Si la filosofía española del siglo XIX (entendiendo por tal algo que tenga carácter propio, y no sea indigesta repetición de Kantismo, Hegelianismo, Krausismo, Positivismo y Neo-tomismo italiano ó alemán) está en alguna parte, en Balmes seguramente ha de buscarse. Su misma doctrina política, tan conciliadora, tan simpática, tan humana, tan aborrecida de los violentos, debe á la amplia base de su filosofía crítica y armónica el haberse salvado de aquella lepra feroz de fanatismo, de aquella especie de pedantería sanguinaria que por muchos años convirtió en Caínés á todos los partidos españoles.

Hablar de Balmes es en cierto modo hablar de QUADRADO, que en materias sociales y políticas estuvo siempre de su lado, aunque en rigor no puede decirse que fuera discípulo suyo, puesto que empezó á escribir casi al mismo tiempo. De 1839 data el folleto *de los bienes del clero*, y á 1840 se remontan los primeros artículos literarios de QUADRADO en *La Palma*, á 1843 sus primeros artículos políticos en *El Católico*. La influencia de Balmes fué muy poderosa en su espíritu, pero no excluyó otras influencias, ni menos la iniciativa propia. Balmes era filósofo y matemático; QUA-

DRADO, arqueólogo y literato romántico; naturalezas, como se ve, muy diversas, y que en algún modo puede decirse que se completaban. No era indiferente Balmes á los goces estéticos, especialmente á los de la música y la poesía, pero sus infelicísimos versos dan testimonio de lo estéril de estas aficiones artísticas suyas, que por otra parte le honran. Su entendimiento lúcido y vigoroso, pero no exento de cierta sequedad prosaica, era más apto para comprender la verdad que la belleza. Fué, pues, providencial el encuentro de ambos escritores, y la naturaleza afectiva y poética de QUADRADO vino á templar, digámoslo así, la austeridad del genio de Balmes y á traer á sus luminosas doctrinas el calor que quizá las faltaba.

No es esto decir que haya absoluta conformidad en el pensamiento de ambos escritores. Quien lee aquella especie de programa que con el título de *La Fe considerada bajo sus diversos órdenes* publicó QUADRADO en 1844, fácilmente discierne una filosofía distinta de la de Balmes en puntos capitalísimos. No hay que negar que QUADRADO fué tradicionalista durante un largo período de su vida, cuando era lícito profesar el tradicionalismo como

cualquier otro sistema de filosofía cristiana, antes de las explícitas declaraciones del Concilio Vaticano sobre los derechos respectivos de la Fe y la Razón. Una aprensión excesivamente viva de los peligros y desórdenes en que fácilmente cae la especulación racional abandonada á sus propias fuerzas, le arrastró, como á Bonald y á tantos otros, al extremo opuesto, llevándole á convertir el escepticismo filosófico en máquina de guerra contra el escepticismo religioso. En la razón no quiso ver más que tinieblas, ó á lo sumo débiles reflejos de una revelación primitiva transmitida por la tradición oral. No se detuvo ante la afirmación de la impotencia y nulidad del conocimiento racional. La filosofía fué á sus ojos una pura negación, contrapuesta á la fe, que es afirmación pura. Y por aversión al racionalismo, vino á dar en conclusiones claramente sensualistas, negando la espontaneidad racional, y declarando que la razón, como facultad meramente *pasiva*, sólo de los sentidos y de la palabra recibe sus nociones, así en el orden físico como en el moral.

Es inútil encarecer los peligros de esta doctrina, cuyos orígenes más remotos están en Tertuliano y otros apologistas de la escuela

africana. La Iglesia ha hablado solemnemente sobre este punto, y entre los tradicionalistas, que fueron siempre fervorosísimos católicos, no hay uno solo que haya dejado de someterse, honrándoles tanto esta sumisión como antes su bueno y piadoso celo. El odio á la ciencia carnal y á la filosofía parlera, que hincha y no edifica y deja seco el corazón y vacío el entendimiento, no debe hacernos perder de vista ni un solo momento que la fe sólo puede recaer en sujeto racional; y que la razón, lejos de tener pacto firmado con el error, puede elevarse, y de hecho se ha elevado, por su propia actividad, á la comprensión más ó menos íntegra y clara de aquellas verdades de teología natural que son preámbulo de los artículos de la fe. El mismo Tertuliano se veía obligado á invocar el testimonio del alma *naturaliter christiana*; y entre los Padres griegos, comenzando por los más antiguos, predominó siempre aquella hermosa doctrina de San Justino sobre la virtud del *logos spermaticos* que derramó la Sabiduría Eterna en todos los espíritus, para que pudieran elevarse, aun por las solas fuerzas naturales, á una intuición ó conocimiento parcial del Verbo, aunque la completa comunicación y manifestación del Verbo por obra

de gracia sólo se cumpla mediante la revelación de Cristo. La escuela alejandrina, con Clemente y Orígenes, lejos de considerar la filosofía como vana cavilación y semillero de herejías, la miró como preparación providencial del cristianismo, concedida á los gentiles como la Ley á los Hebreos. Y finalmente, los escolásticos, especialmente Santo Tomás, tuvieron tan alta idea de la razón humana, que la llamaron «participación de la lumbre creada» y «espejo de las razones eternas». Este y no otro es el sentir tradicional de las escuelas cristianas, y á él se ha vuelto afortunadamente, sin peligro por ahora de temerarias novedades, que en son de poner la fe á cubierto de todo ataque, abrían un abismo insondable entre la fe y la ciencia.

Fuera de estos resabios de tradicionalismo que pueden depender á veces de falta de rigor y precisión en los términos, por donde resultan más duras ciertas proposiciones que en la mente de su autor quizá no lo serían tanto nada hay que reparar, y sí mucho que elogiar, en los elocuentes *Ensayos religiosos* del señor QUADRADO, que á lo bruñido y firme del estilo juntan la penetración de psicólogo y moralista ejercitada y depurada en el trato de espíritus hu-

manos, aun más que en el trato de libros. QUADRADO es de los pensadores que meditan y observan mucho más de lo que leen, y de los que educan y cultivan simultáneamente la vida del sentimiento, la de la razón y la de la fantasía; y sin duda por eso el inolvidable Llorens, nuestro primer psicólogo de este siglo y uno de los más eminentes educadores que hemos tenido, sentía por QUADRADO tan especial predilección, como espíritu gemelo en algún modo del suyo, siendo en él vocación instintiva lo que era en Llorens estudio metódico y ocupación de todos los momentos.

Es de suponer que después de la aparición de la *Filosofía fundamental*, fuese modificando QUADRADO sus tesis tradicionalistas y acercándose en esto como en lo demás al sentido de Balmes; pero es lo cierto que después de 1844 escribió poco sobre estas materias, aparte de los ya citados artículos de *La Fe* y de otros que allí mismo aparecieron y en este volumen se reproducen, y que tienen la gran curiosidad de presentar con ocho años de anticipación la mayor parte de las ideas fundamentales del memorable *Ensayo* de Donoso Cortés.

En lo que sí hubo total uniformidad de criterio entre Balmes y QUADRADO, fué, como

queda dicho, en las cuestiones políticas y sociales, de tal modo, que la colección de los escritos del uno debe considerarse como necesario complemento y apéndice de los del otro. *La Fe* es inseparable de *La Civilización* y de *La Sociedad*; *El Conciliado* completa *El Pensamiento de la Nación*. Y puede decirse que cuando la muerte arrebató á Balmes en 1848, termina también la vida política de QUADRADO, que dedicado desde entonces á la historia y al arte, sólo rarísimas veces rompe el silencio, y eso no para cuestiones de política diaria, sino para notar los progresos del socialismo en 1850 y buscar remedio á la nueva dolencia, ó para defender la unidad religiosa en 1855 y en 1868.

El punto culminante de las campañas periódicas de QUADRADO ha de buscarse en sus escritos del año 1845 publicados en *El Conciliador* y en *El Pensamiento de la Nación*, siendo director del primero de estos periódicos y colaborador asiduo del segundo, que dirigía Balmes. La generosa fórmula que en ambos se defendía no era otra que la reconciliación sincera de todos los españoles católicos y monárquicos, y como medio de lograrla y principio de una política nacional, la fusión dinástica

que ahuyentara para siempre el espectro de la guerra civil, haciendo entrar en la legalidad constitucional al partido carlista. En torno de esta bandera, que á sus mismos adversarios pareció patriótica, se agruparon muchos hombres de buena voluntad, procedentes los unos del partido carlista, como el mismo Balmes y el mismo QUADRADO, aunque éste por sus pocos años y aquél por la naturaleza de sus estudios estuviesen desligados de todo compromiso con los partidarios del absolutismo tradicional; y los otros de cierta fracción disidente del partido moderado, que más de una vez se vió á las puertas del poder, y que en las Cortes de 1844 llegó á estar representada por 24 diputados, á quienes acaudillaba un hombre que fué dechado de caballeros y de ciudadanos, el segundo Marqués de Viluma.

El pensamiento de Balmes y Viluma parece haber nacido al calor del movimiento nacional de 1843 que derribó al regente Espartero. Vióse en aquella crisis á los moderados, sin perjuicio de aliarse con los progresistas, buscar también el apoyo de los carlistas vencidos, y halagar los sentimientos religiosos y tradicionales del país con promesas y esperanzas de próxima reparación; y vióse también á muchos

de los carlistas prestarse gustosos á tales prácticas y ayudar al triunfo de la coalición, que manifiestamente tuvo carácter de reacción monárquica en muchas ciudades. Pero tales esperanzas se vieron pronto desvanecidas. Es cierto que los progresistas conjurados contra el Regente desaparecieron de la escena poco después de su efímera y aparente victoria; pero llegados al poder los moderados, no desmintieron sus tradiciones de partido parlamentario, y lejos de dar paso alguno para la ansiada reconciliación, continuaron excluyendo del derecho común á los carlistas, y ni siquiera llegaron al arreglo de las cuestiones pendientes con Roma, prolongándose con esto años y años la tribulación de la Iglesia española, huérfana de sus pastores, despojada de sus bienes, herida y atropellada en su inmunidad.

Sólo aquella fracción del partido moderado á que aludimos comprendió en 1844 la verdadera situación de las cosas, y los deberes de un partido conservador y de orden en tales momentos, y no dudó en invocar el concurso de los carlistas para la grande obra de la pacificación moral. El alto espíritu de Balmes acogió gozoso la idea, y su palabra lógica y persuasiva la llevó por todos los ámbitos de España. Sus-

citada en 1845 la cuestión del matrimonio de la Reina, *El Pensamiento* y *El Conciliador* pronunciaron sin ambages el nombre de su candidato, el Conde de Montemolín, el llamado Carlos VI, el pretendiente expatriado y proscrito. El proyecto fracasó, y era inevitable que fracasase, no porque dejara de ser el único pensamiento genuinamente español, el único que hubiese atajado desastres sin cuento, dando acaso diverso giro á nuestra historia, sino porque á toda luz era prematuro é irrealizable. Las heridas de la guerra civil manaban sangre todavía; los odios no habían tenido tiempo de apaciguarse, y aun más que contra las ideas estaban enconados contra las personas: las ruinas morales que deja en pos de sí una lucha ferocísima y sin cuartel, como fué la de los siete años, no se reparan en un día. Balmes y QUADRADO llevaron el bálsamo á las llagas, pero no hicieron ni podían hacer más. Dos años de lucha y dos periódicos no bastan para pacificar un pueblo perturbado y desquiciado por medio siglo de revoluciones y reacciones, á cual más sanguinarias é insensatas. La fusión dinástica fué rechazada por todo el mundo; á los liberales pareció una abdicación en favor del absolutismo, á los carlistas una apostasía en favor

de los liberales: unos y otros invocaron la sangre derramada en cien batallas por la pureza é integridad de sus respectivos ideales, y el proyecto de matrimonio tropezó lo mismo con la oposición de la reina Cristina que con la de la familia proscrita, lo mismo con el clamoreo de los moderados que con el de los progresistas. Las consecuencias de esta ceguedad universal no hay que recordarlas; en 1893 hallanse las cosas en el mismo estado que en 1844; una revolución radical, que hundió en 1868 el trono de D.^a Isabel en medio de la indiferencia, cuando no del regocijo de los carlistas; una nueva guerra civil y dinástica, no han bastado para convencer á los monárquicos españoles de la impotencia de sus esfuerzos aislados y del profético sentido de aquel postrer artículo de Balmes, *¿Por dónde se sale?* Tres meses antes QUADRADO había escrito cosas análogas al retirarse á sus tiendas. Ellos solos tuvieron razón aquel día, pero con la desventaja de tenerla ellos solos y de tenerla antes de tiempo. Hoy mismo, después de medio siglo y de innumerables lecciones y escarmientos, ¿quién puede decir que el fruto esté en sazón, ni siquiera que se aproxime á la madurez?

No fracasó ciertamente la empresa de Bal-

mes por incompatibilidad de principios, como algunos imaginan, sino por incompatibilidad de personas. Todavía en 1845 la bandera católica y monárquica podía cobijar á todos. La cuestión de tolerancia religiosa no se había presentado aún con el grave carácter que tomó en 1855, en 1869, en 1876. La Constitución de 1837, obra de los progresistas y principalmente de Olózaga, había respetado la unidad de la creencia nacional, y la de 1845 fué todavía más explícita en este punto. Había, es cierto, en el antiguo partido moderado, como hay en los modernos partidos conservadores, un número no pequeño de volterianos rezagados, de incrédulos ó indiferentes, hombres del siglo XVIII, convertidos á los principios de orden por el espectáculo de la revolución desatada, pero incapaces de comprender la intimidad del sentimiento religioso, ni de ver en la religión otra cosa que una salvaguardia de la paz pública y un *instrumentum regni*. Pero éstos fueron siempre los menos, y su espíritu nunca dominó en el partido, que más bien fué aceptando con el transcurso del tiempo una gran parte del programa de aquella fracción disidente de 1844 que nunca llegó al poder, pero que continuó influyendo después de ven-

cida y en apariencia disuelta. Hechos tales como la expedición á Roma en 1849; la negociación del Concordato en 1851, la reacción de 1857, manifiestan claramente el prestigio y la fuerza que conservaban las ideas religiosas en la gran masa del partido conservador de aquellos días. Y en realidad el *Pensamiento de la Nación* no ha muerto aún porque es de esencia perenne. Ayer mismo le vimos renacer con grandes esperanzas de triunfo; y aunque las pasiones humanas contrariaron ó esterilizaron por el momento tal obra, haciendo degenerar en grosero y escandaloso pugilato de injurias soeces y baldones irreparables una polémica nacida de diferencias mínimas, habría que desesperar de los destinos de España si no creyéramos que las palabras de paz y concordia entre los creyentes, que hoy suenan en labios de nuestro episcopado, dejen de ir labrando hasta en las almas más secas y endurecidas por el rencor y la soberbia.

Si las diferencias en el modo de apreciar las cuestiones político-religiosas no podían ser obstáculo en 1845 para la deseada unión de los católicos, puesto que ni siquiera la malhadada palabra *liberalismo* daba ocasión entonces, como da ahora, á tantas interminables y soporí-

feras discusiones, capaces de entontecer la cabeza más firme, tampoco la divergencia política era tal que impidiese la aproximación. Calificar de absolutista á Balmes sería no menor yerro que considerarle en filosofía como escolástico. Sus tendencias coincidían con las de la escuela histórica, que ya empezaba á tener secuaces entre los moderados, y que era especialmente profesada por un grupo de juriconsultos catalanes, con quienes él, sin embargo, no parece haber estado en relación. Era en verdad poco afecto á las constituciones escritas y á los códigos abstractos y dogmáticos, pero no rechazaba las formas ni aun la esencia del régimen representativo. Baste recordar las explícitas y generosas declaraciones que hay en su *Pro IX*, declaraciones tales que no sé si se las han perdonado todavía los que indignamente amargaron los últimos días del filósofo, y luego con llanto de cocodrilo lloraron su muerte, y hoy tienen valor para reclamarle como gloria propia después de haberle asesinado moralmente. Y en cuanto á QUADRADO, aunque parece partidario de las cartas otorgadas y enemigo acérrimo del principio de la soberanía popular (como era consecuencia forzosa de su tradicionalismo), no insiste mucho en la discusión de

los títulos de legitimidad y origen de la ley constitucional; y no sólo reconoce y acata la entonces vigente de 1845, sino que inculca en casi todos sus artículos la necesidad de que el régimen representativo, que bueno ó malo era ya el único posible, llegué á ser una realidad en la práctica. «No venimos á destruir la obra, dice, sino á completarla y ensancharla. No queremos retroceso de ninguna especie. Queremos el trono de Isabel II, y deseamos verle robustecido, nacional, rodeado del amor y respeto de todos los españoles..... Queremos la ley fundamental del Estado, y tanto, que deseamos verla arraigada, connaturalizada entre nosotros, puesta en armonía con nuestras costumbres y necesidades, y sobre todo observada á la letra, y exenta de ciertas anárquicas prácticas parlamentarias que en vez de explicarla la tergiversan y aniquilan. Queremos el orden pero fijo y con otro apoyo que el de las bayo, netas (1); queremos la libertad, pero verdadera y común á todos; queremos que se acabe con las revoluciones y con las reacciones, previéndolas á fuerza de prudencia y de equidad, quitando toda ocasión ó pretexto para ellas, y

(1) Eran los tiempos del general Narváez.

ganando los ánimos en vez de exasperarlos.»

Tales artículos políticos son de los que resisten la dura prueba de ser coleccionados. Lo que contienen de personal y transitorio es tan poco, que más parecen escritos en previsión de lo futuro que en crítica de lo presente. Por eso al coleccionarlos en 1871 pudo decir su autor: «En las apreciaciones de hombres y de cosas, después de tantos años, nada tengo que retractar ni que modificar siquiera.» Graves, doctrinales unas veces, otras finamente cáusticos, modelos de habilidad polémica y de fuerza dialéctica, pertenecen, literariamente considerados, á un género de periodismo que pasó y de que hoy apenas queda vestigio ni recuerdo. Hoy la penuria de ideas y de buenos estudios se suple con el énfasis hueco y sobre todo con la abundancia de dicerios; y no es la prensa llamada *católica* la que ha dado menos procaces ejemplos en este punto, con universal regocijo de los incrédulos. Los que tal hacen dicen que defienden la buena causa, y en cierto modo no puede negarse que la defienden, dando con sus obras continuo testimonio de la excelencia y santidad de una causa que puede resistir á tales defensores. Otros eran los procedimientos polémicos que

usaban los escritores católicos en 1845. No se había descubierto aún el piadoso sistema de atropellar la honra del adversario, tanto más odiado cuanto más próximo en ideas, y cebarse en su buen nombre para llegar á triunfar más fácilmente de sus doctrinas. Todavía no se había canonizado, en nombre de la caridad, el empleo diario de la injuria. Por eso á los paladares estragados de hoy, quizá resulten escasos de pimienta los artículos políticos del SR. QUADRADO, aunque entre ellos hay más de uno que pasó en aquellos tiempos bienaventurados por obra maestra de refinado y sutil maquiavelismo.

Sólo una vez en su vida, y ciertamente con causa grave, y que en parte disculpa este pecado de juventud, faltó á QUADRADO moderación en el ataque. Me refiero á la famosa *Vindicación* que en el último número de *La Palma* (1841) publicó contra Jorge Sand, con ocasión del injurioso y fantástico relato que la célebre novelista había escrito de su viaje á la isla. Fué aquella venganza *merecida más que licita*, según la frase de Moncada que oportunamente recuerda Valera á este propósito; y no hay duda que traspasó con mucho los límites de la justa defensa, acrecentando la gravedad del caso el ser tan grande, aunque extra-

viada, escritora, la que en aquella fulminante catilinaria salió marcada con el hierro del oprobio. Pero repito que este caso fué único, y bien disculpable en la ardorosa sangre de un mancebo levantino de veinte años, herido en lo más profundo de su afecto filial. Pero desde entonces acá, nadie, ni siquiera el Dr. Mateos Gago con la formidable polémica que en 1871 se suscitó á propósito de la minoría galicana del Concilio Vaticano, ha tenido poder bastante para hacer salir un punto á QUADRADO de la admirable serenidad de espíritu con que ve y juzga desde su filosófico retiro todas las cosas humanas.

Este prólogo se ha dilatado tanto, que apenas me resta espacio para hablar de otra sección muy importante de los escritos del SR. QUADRADO, precisamente de aquella que con menos incompetencia puedo juzgar (1). Pero esta

(1) Hasta en materias que *Quadrado* ha tratado sólo por incidencia, ha tenido la fortuna de hacer verdaderos descubrimientos. Él publicó el primer romance catalán (*D. Juan y D. Ramón*), siendo en esto precursor de Milá y Fontanals y de D. Mariano Aguiló. Él tuvo la suerte de encontrar el primer fragmento conocido del teatro catalán, un largo trozo de *representación* del siglo XIV, que dió á conocer en *La Unidad Católica* de Palma (1871), y versa sobre la leyenda del parricidio de Judas Iscariote, y muy semejante á la de Edipo.

misma razón me obliga á no atropellar en breves líneas este examen, que pronto encontrará lugar adecuado en un libro mío, y á limitarme por hoy á una somera indicación. Los mismos principios estéticos que le han guiado en sus estudios de arqueología artística, dominan en sus numerosos artículos de crítica literaria, dispersos en *La Palma*, la *Revista de Madrid*, el *Museo Balear* y otras varias publicaciones. Estos principios, expuestos con notable elocuencia en la tercera seccion del programa de *La Fe*, son los del idealismo romántico en toda su pureza, y libres de las exageraciones que desacreditaron el sistema. Para él la libertad literaria nunca se confundió con la anarquía, ni creyó jamás que la fe en la inspiración empeciese en nada al trabajo del arte. Admitió el principio de imitación, pero en el sentido de imitación del prototipo de belleza. No negó ni la existencia de preceptos, ni la necesidad de la crítica, ni la autoridad de los modelos; pero no admitió otros preceptos que los que son condiciones esenciales de la obra artística y nacen de las entrañas mismas del asunto: afirmó el carácter siempre relativo de la crítica y la necesidad de ponerse en el punto de vista del autor juzgado, y al propio tiempo sostuvo

que la literatura no era ciencia progresiva, sino «un arte cuyas producciones son por sí mismas aisladas y completas, con su principio y con su término»: finalmente proclamó á la imaginación libérrima en su esfera. No por eso dió cuartel á ciertas monstruosidades románticas, ni por espíritu de reacción incurrió tampoco, como D. Alberto Lista y otros, en la insigne contradicción de condenar en Víctor Hugo lo mismo que aplaudía en Calderón. En el delicado punto de las relaciones del arte con la moral y la religión, su criterio fué tan firme y elevado como independiente. «No es preciso que la literatura sea cristiana, dijo; pero nunca puede ser anticristiana, ni tampoco es lícito que, so pretexto de cantar las bellezas del cristianismo, profane y adultere monstruosamente sus verdades. No es preciso que un poeta cante las bellezas religiosas, por más que sean superiores á todas y fuente de todas.» «En la misma literatura escéptica puede haber poesía, puede haber belleza, puede haber verdad relativa. ¿Quién negará el título de poetas á Byron, á Goethe, á Fóscolo? En aquella estrepitosa alegría y melancolía profunda, en aquella amenazadora serenidad y en aquellos martirios del corazón, en aquel caos de abyección y gran-

deza, *hay una belleza satánica, si se quiere, pero indeleble*. Colocad al hombre de espaldas á la luz, apagad la antorcha de la revelación, y habrá también en aquel cuadro una verdad asombrosa. Además, es tal la naturaleza del espíritu, que mientras dé señales de vida, vive con él la poesía, porque aspira siempre á la belleza, y sus gemidos, sus delirios, su sed inextinguible, su continua protesta contra los sentidos, nunca dejarán de ser alto y sublime asunto.» Se ha introducido en estos últimos años una estética tan timorata y asustadiza, que no sé cómo sonarán en los piadosos oídos de los discípulos del P. Jungmann estas valientes palabras, escritas en 1844 en la introducción de una revista católica.

Lo cierto es que QUADRADO fué siempre fiel á este criterio amplio y generoso, como lo atestiguan, entre otros artículos suyos, el que dedicó al examen de las obras de Víctor Hugo en 1839, y que, con estar escrito en la primera juventud del autor, pudo ser reproducido sin ningún cambio importante en 1885, á la muerte (que deploró) del *tercer Narciso francés atacado de egolatría*; los relativos á Schiller y Manzoni, el segundo de los cuales obtuvo de Milá y Fontanals el alto honor de insertar sus

principales párrafos, con grande alabanza de QUADRADO, en la propia biografía del autor de *Los Novios*; el profundísimo análisis psicológico del genio de Ausias March, que en 1841, y en la *Revista de Madrid*, abrió nuevo camino á la interpretación y crítica de los misterios de intimidad afectiva que se esconden bajo la dura corteza de los versos de aquel poeta valenciano, el más genuinamente lírico de nuestra Edad Media. Páginas son todas estas de alta y novísima crítica, y con las cuales en el tiempo que se escribieron sólo podían parangonarse algunas de Piferrer y de Durán. Y es de ver cómo el culto de los númenes románticos, la fervorosa devoción por Shakespeare, por Schiller, por Manzoni y aun por Víctor Hugo, no excluye ni contradice en el ánimo del crítico el amor á la belleza clásica, y aun á la de sus imitadores, tales como Alfieri y Moratín, «el profundo y sencillo Moratín», como decía Piferrer, quien compartía esta admiración con QUADRADO y Milá.

Ha hecho nuestro prosista pocos, pero excelentes versos. En la colección de leyendas que con el título de *Mallorca poética* se halla entre las *Rimas* de otro patriarca de la literatura balear, D. Tomás Aguiló, amigo frater-

nal y asiduo colaborador de QUADRADO, se leen tres admirables narraciones poéticas de éste, el *Último rey de Mallorca*, *Armadans y Españols* y las *Bodas del Conde malo*; tales como podían esperarse de un arqueólogo artista, encariñado con su asunto, y hábil como pocos para trazar un cuadro de época con su propio y adecuado color, y en pocos y vigorosísimos rasgos.

Otra novedad de la presente edición será el teatro del Sr. QUADRADO, de cuya existencia muy pocos tienen noticia. Se compone de tres dramas originales, *Leovigildo*, *Cristina de Noruega* y *Martin Venegas*, en prosa los dos últimos, y de tan distintas edades en su argumento como son la VI, la XIII y la XVII centuria; en los cuales, á juzgar por los recuerdos de una rápida y ya lejana lectura, si falta algo de experiencia teatral, no falta el reflejo de aquel numen sereno y reflexivo que dictó *Carmagnola* y *Adelchi*.

Á estas obras originales hay que añadir tres refundiciones de Shakespeare: *Macbet*, *El Rey Lear* y *Medida por medida*, obras de arte paciente y laborioso, y nuevo modo de manifestar el amor mezclado de asombro y acatamiento que QUADRADO, como todos los espíritus supe-

riores, profesa á aquel rey del teatro, cuyo genio parece como anuncio de una futura casta humana superior á la que conocemos. Admitido que á tal poeta convenga ni sea lícito refundirle (sobre lo cual ya amistosamente hemos discutido el traductor y yo), hay que reconocer que las refundiciones de QUADRADO, lejos de recortar y profanar la grandeza del texto como las de Ducis, tienden sólo á acomodarle á las necesidades de la representación moderna, á las cuales es preciso conformarse, puesto que ni en la misma Inglaterra se representan estos dramas íntegros y tales como el poeta los escribió; ó bien á borrar aquellas manchas de estilo que son del tiempo y no del autor. Ha refundido también, ó casi traducido, en prosa que no desmerece de los vigorosos versos de Alfieri, la tragedia *Saul*, sin más modificaciones que las exigidas, unas por la ortodoxia, otras por la supresión del papel de Micol, que no cabía en un teatro cuyos actores eran simplemente jóvenes de la Asociación de católicos. En otro género ha traducido los *Himnos sacros* de Manzoni, sin estrellarse como otros traductores en la reproducción exacta de los metros originales que con su aparente facilidad de adaptación á nuestra lengua

han engañado á tantos, sino procurando tan sólo una imitación general del movimiento rítmico, con lo cual queda holgura para la expresión exacta del pensamiento original, sin necesidad de andar á caza de esdrújulos violentos y afectados.

No hemos apurado ni con mucho el catálogo de todas las obras de QUADRADO, de quien puede decirse que apenas ha dejado sin cultivar rama alguna de la literatura. Aun en la novela histórica, los capítulos que ha añadido á la que dejó incompleta su amigo D. Tomás Aguiló con el título de *El Infante de Mallorca*, prueban lo que hubiera podido hacer en este género, al cual parecía llamado como Walter-Scott por su vocación de arqueólogo-poeta.

Finalmente, el SR. QUADRADO ha llevado la literatura á los libros de devoción, tan necesitados actualmente de ella, como ricos fueron en otro tiempo; y su *Mes de María*, su *Mes de San José*, su *Semana Santa* y otros opúsculos ascéticos, cuyas ediciones se repiten incesantemente en Barcelona, son de los rarísimos de su género que puedan satisfacer al hombre de gusto, á la vez que infundir suave y místico deleite á las almas piadosas que todavía no

han perdido la buena costumbre de hacer en castellano sus lecturas espirituales.

Si se atiende á todo lo expuesto, habrá que convenir en que pocos escritores españoles de nuestros días han poseído tal suma de varias aptitudes como QUADRADO, y pocos han sabido desarrollarlas de un modo tan completo y darles tan adecuado empleo. Las Baleares, cuya historia literaria es tan larga y gloriosa, no han producido escritor tan eminente desde los tiempos del iluminado Dr. Ramón Lull.

No hace aún tres años que la juventud literaria de la *Isla Dorada* festejaba en triunfal banquete la gloria del veterano y el quincuagésimo aniversario de la publicación de *La Palma*, memorable semanario del cual arranca el moderno renacimiento de la cultura mallorquina. Yo, que sólo en espíritu pude asistir á aquella fiesta, me complazco hoy en adherirme á los homenajes que allí se tributaron al sobreviviente fundador, enviándole desde las polvorientas orillas del seco Manzanares esta pobre y tardía congratulación, sintiendo sólo que no vaya envuelta entre el azahar de los naranjos de Sóller.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

Junio de 1893.